

A Miguel Hernández en el centenario de su nacimiento

Ay, Miguel, esa voz con la que rasgas
más allá de una vida de rutinas,
esa voz que despierta
un mar de apariencias sereno,
esa voz que desnuda con su canto
las verdades que encienden cada verso.
Qué triste que la tierra se tragase
tan temprano tu voz, toda tu rabia,
tanto dolor que se vuelve sonámbulo:
prefacio donde muere
el insomnio, emergiendo por los poros
si habita el desamparo,
el lecho donde habita la nostalgia,
la doliente memoria que recrea
los márgenes ignotos de uno mismo:
heridas del recuerdo
que vuelven a nacer,
idioma musical donde el espíritu
no se quiere morir entre la pena,
y esperar que las manos
rediman en un gesto fraternal
tanto dolor dibujado en los rostros.
Que la espera es un campo baldío
cuando no sabes lo que esperas.
Quiénes escucharán a la memoria
que se deshace en la voz del olvido,
si a los cuerpos cansados
se les vuelve de otoño la esperanza.
Un homenaje póstumo, al sentir,
que tu palabra produce en cada corazón
para dejarnos entrar en el misterio,